

Borges en Grecia

.....
| Por el traductor público Jerónimo Brignone,
secretario de la Comisión de Idiomas de Baja Difusión



«Todos somos griegos en el exilio», repitió Jorge Luis Borges en numerosos escritos y entrevistas: una frase con un largo pedigrí al que el escritor argentino le dio su sello único, para variar. Cuando, luego de casi cuatro siglos de dominio otomano, Grecia comenzaba la lucha por su independencia a principios del siglo XIX al tiempo que se configuraban tantos otros Estados nacionales, surgió en Europa y en Estados Unidos un importante movimiento de filohelenos que veían en ese país la cuna de los valores más elevados de la cultura occidental y de la democracia republicana. El inglés Lord Byron murió luchando por la libertad de Grecia, y su amigo, el poeta Percy Shelley (pareja de Mary, la joven autora de *Frankenstein*), fue quien escribió la frase célebre «We are all Greeks» en el prefacio de su drama lírico *Hellas*. Décadas después, Leopoldo Lugones la repetiría aquí en muchas ocasiones, embanderado en el espíritu civilizatorio de Sarmiento, Alberdi y otros representantes de la generación del 37, y en el de sus instrumentadores de la generación del 80, todos ellos filohelenos. Borges lo admiró y homenajeó sin tapujos y, aunque luego intentara diferenciarse de él denostándolo, a edad avanzada narra un supuesto sueño en el cual le entrega un volumen propio, en un despacho que asemeja una biblioteca, esperando su aprobación.

Al «todos somos griegos» de Lugones, Borges le agregó «en el exilio», emparentándolos con los hebreos, del mismo modo que sostenía que los argentinos éramos los «verdaderos europeos». Esa valoración de las lejanas raíces de nuestra identidad local y, eventualmente, de la universal occidental corría pareja con sus simpatías por la

literatura española, por el idioma y las letras germánicas, más particularmente las anglosajonas, por el latín, el italiano e incluso por el mundo árabe. Pero Grecia siempre tuvo un lugar de privilegio, como ocurría con tanto intelectual argentino. Lo demuestran las decenas de menciones al respecto en los diálogos que reproduce su amigo Bioy Casares en su monumental *Borges*, así como las múltiples alusiones explícitas en su obra. La fascinación infantil con los mitos griegos en la biblioteca de su padre y con los desafíos conceptuales de los primeros filósofos que este le compartió se cristalizaron en un gesto temprano del destino: la primera publicación de un texto literario firmado por él —una poesía— tuvo lugar en una revista española llamada *Grecia*, en 1919. Y en sus últimos años tendría una relación muy particular con este país, de una calidad e intensidad mucho mayor que la que pudo haber tenido en toda su vida.

Como lector, había conocido a los griegos mediante traducciones, sobre todo al inglés. Alguna vez dijo, en sus intentos autodidactas de formarse en el idioma, que es «la lengua más difícil de aprender y la más fácil de olvidar». Le tenía un gran respeto, al punto de afirmar, juguetonamente, que «un setenta por ciento de nuestro idioma se basa en el griego», enunciado que sabía poco científico, pero que consideraba tanto las palabras que ingresaron desde el latín como las matrices conceptuales y los modelos de los primeros gramáticos que moldearon nuestra forma de pensar y estructurar el idioma. Más allá de lo lingüístico, su obra está recorrida por referencias a los filósofos griegos, con quienes siente una gran identificación,



a caballo entre la ironía y la lucidez de los escépticos y el vago misticismo de los neoplatónicos, amén de paradojas lógicas famosas. Y a los mitos: son recurrentes su mención del laberinto, Minotauro cretense incluido, y de la obra de Homero, quien, según el catálogo de una exposición en 1986 de la Biblioteca Nacional de España en Madrid dedicada a Borges con motivo de su fallecimiento, es el autor más citado, después de Shakespeare, la Biblia, Dante y Cervantes. A tal punto que él mismo va a ser identificado con el mítico poeta ciego, padre de la literatura occidental, y con otro ciego legendario, el adivino Tiresias: Borges como vate, como vidente precursor del mundo posmoderno y de su borramiento de la figura del autor, de su relativismo y del multiverso virtual de la biblioteca universal de la web.

Lo convocaba particularmente el *Ulises* homérico: «Todos somos griegos en el exilio». El eterno e insatisfactorio retorno a una patria lejana que en su último decenio tomó la forma muy tangible y más amable, incluso sensual, del contacto con la Grecia moderna, con sus ciudades, con sus ruinas, con sus intelectuales y con su música. Una fuente declarada a viva voz de felicidad.

Sobre la presencia de lo griego a lo largo de su obra hay trabajos detallados cuya bibliografía se halla al final de este escrito, para quienes quieran profundizar en ello, pero aquí quisiera detenerme en este gozoso encuentro con la continuidad viva de esa cultura que tanto admiró. Comenzando por un hecho quizás poco sabido, y es que, en Grecia, Borges es una figura muy conocida y querida, casi como si fuera propio: literalmente, una especie de *pop star*. Lo mismo pasa con Mafalda, presente en todos los quioscos, y desde luego los previsibles Maradona y Messi. Porque, así como el argentino ilustrado promedio tiende a sentir una simpatía natural por lo griego, los griegos sienten mucha curiosidad e interés por la Argentina, sus íconos políticos y su cultura. Hablando con un griego cualquiera, enseguida comienzan sus referencias al Che Guevara, a Evita, a Perón, al helicóptero de De La Rúa o a presidentes recientes, y hasta dan cátedra sobre dos descendientes de griegos que tuvimos en nuestra historia: Bartolomé Mitre, figura clave de la generación del 80 y de lejana ascendencia helénica, y el general Cristino Nicolaides, quien de hecho no ejerció la presidencia interina que le adjudican después de la derrota de Malvinas (aunque sostienen el mito). También aparecen, desde

luego, los oscuros comienzos de la fortuna de Aristóteles Onassis en Buenos Aires o la misteriosa muerte aquí de su hija Cristina. Pero las palmas se las lleva el tango: sin llegar a los niveles de culto de Japón o Finlandia, hay una gran conciencia de las influencias musicales mutuas que se dieron por el contacto entre los marineros de uno y otro lado del océano, así como del parentesco con su propio folclore urbano, la *rebétika*, también surgida de la marginalidad de inmigrantes desclasados y del submundo nocturno de la delincuencia en el ámbito portuario. El tango griego es un género prolífico y muy popular de hace décadas, que sigue recreándose de diversas maneras en la música actual de ese país.

En la década de los setenta, mientras en Buenos Aires las tabernas griegas tenían sus picos de popularidad con la concurrencia cotidiana de marineros de paso (casi todo taxista griego, apenas enterado de que uno es argentino, empieza con anécdotas de viajes propios o de amigos a nuestro país, así como de algún familiar que probó suerte como inmigrante), Borges fue traducido y publicado por primera vez en Grecia. Lo precedía un halo de prestigio en muchos círculos europeos, con figuras como Foucault, Pasolini o Eco poniéndolo en un pedestal (u homenajeándolo este como figura clave de su primer *best seller*), pero su palmario filohelenismo erudito, así como su sugestiva ceguera homérica, convocaron inmediatamente una ola de traducciones de su obra por parte de poetas y literatos griegos de prestigio. Comenzando en 1974 por esa primera publicación de Vanguélis Katsanis, seguido por figuras de la talla de Tasos Denegris, Dimitri Kalokiris o Nasos Vaguenás, así como el emprendimiento ciclópeo de las obras completas a cargo de Ajiléas Kyriakidis, o las firmadas por Ifiguénia Staropúlu, Spíros Tsakniás, Iorgos Veis, Klió Daveli, Jrisa Tsamadú, E. K. Gazís, Dímitra Papavasiliú, Fivos Guikópulos, María Tombru y Iannis Dukas, entre tantos otros.

En esa década fue cuando, luego de la muerte de su madre, Borges comenzó a viajar por el mundo acompañado por María Kodama. Y Atenas no les fue ajena. Ella se abocó con pasión al estudio de las danzas griegas con el argentino Jorge Dermitzákis en la taberna de Takis Delénikas de las calles Córdoba y Montevideo, mientras este practicaba con su conjunto los temas que tocarían a la noche. Ambos, Jorge y Takis, me contaban que Borges, durante las clases, se sentaba en un rincón, quieto y callado,



escuchando atentamente la música con los ojos cerrados. Astor Piazzolla, que tuvo con él una relación profesional problemática, dijo que nunca había conocido a una persona con tan poca sensibilidad musical, exceptuando su simpatía por Brahms. Pero algo especial le pasó con la música griega. En su último libro, *Los conjurados*, Borges refiere en 1985 una experiencia en Ginebra: «Esta noche, no lejos de la cumbre de la colina de Saint Pierre, una valerosa y venturosa música griega nos acaba de revelar que la muerte es más inverosímil que la vida y que, por consiguiente, el alma perdura cuando su cuerpo es caos».

Con Kodama vagaron por las calles de Atenas disfrutando del anonimato y del sonido de la lengua y la música griegas que los rodeaban. Una arqueóloga amiga mía hispanófono que los guio cuando visitaban las ruinas de Corinto, Jará Papamattheu, me contó que no se presentaron por su nombre, aunque él ya era lo bastante famoso como para reconocerlo de inmediato. Cuando le preguntó cómo quería que se condujera, dada su ceguera, le respondió: «Usted dígame como lo siente. Yo lo voy a ver». Cuando en 1984 visitó Creta para recibir de su Universidad el doctorado *honoris causa*, ya muy famoso, el traductor Kalokiris y otros testigos de su visita a las ruinas de Cnosos, el mítico laberinto, refieren cómo tocaba las superficies de piedra y permanecía en silencio, ensimismado. Un contacto sensorial con Grecia que resignificaba intensamente su vínculo con esa cultura.



Vínculo que se daba también en el amor incondicional de sus traductores: Nasos Vaguenás narra un episodio extraordinario que tuvo lugar en septiembre de 1983, cuando Borges ya era archiconocido en Grecia (a mí me contó sus detalles Carlos Spinedi, uno de los grandes traductores de poesía griega moderna al castellano, amigo de Vaguenás y colaborador de Borges en sus épocas de la Biblioteca Nacional). El poeta griego estaba conversando con otros en un bar de la calle Panepistimíu («De la Universidad»), cuando surgió el tema de que estaba trabajando sobre la obra del reconocido argentino, y alguno comentó: «¿Pero él no había escrito que para estas fechas ya estaría muerto?». Y en ese mismo instante Vaguenás vio reflejada en un espejo (sic) del bar la figura de Borges pasando con su bastón. «¡Borges!», gritó sorprendido. Los demás le dijeron, extrañados: «Sí, de él hablamos». Sin responderles, se precipitó a la calle y corrió detrás de esa figura que deambulaba del brazo de una joven, sin poder creer todavía en lo que veía. «Disculpe, ¿usted es Borges?», le preguntó. Borges sonrió encantado de ser reconocido, y enseguida el joven griego le contó que lo estaba traduciendo y que escribía sobre él, y que incluso —agregó con mucho pudor— él mismo había escrito algunas obras intentando imitar su estilo. Borges lo alentó con alegría: «No se preocupe: todos somos imitadores». Se atrevió a preguntarle: «¿Usted no había escrito que en estos tiempos ya tendría que estar muerto?». Borges vaciló un instante y respondió, con calma: «Se equivoca. Yo no. El otro». Este encuentro generaría una poesía entrañable de Vaguenás sobre el mítico argentino: «Borges en la avenida de la Universidad».

También me pintaba Spinedi una escena en la que paseaba en auto por Buenos Aires a Tasos Denegris, el primer traductor del *Evaristo Carriego*, un texto borgeano muy complejo por su léxico localista, y en un momento le preguntó, mientras iban por la avenida Juan B. Justo: «Tasos, ¿sabés arriba de qué estamos yendo?». Ante la mirada inquisitiva del otro, le dijo: «Del arroyo Maldonado». Y el griego prorrumpió en llanto. Un ejemplo conmovedor de la mimesis amorosa de un traductor con su material y de la mística tan sentida que podía suscitar en un país tan lejano la figura de Borges, quien a su vez cerró su breve y sentido discurso de recepción del doctorado cretense afirmando: «Pueden considerarme un griego exiliado en América del Sur, que regresa a su patria», para concluir: «Lo que quiero que comprendan —y sé que lo entienden, o más bien sienten (uno siente más que comprende)— es



que me siento feliz aquí, muy dichoso de estar en Grecia, y que estaré aquí por siempre, aun cuando mi cuerpo esté ausente».

Un amor correspondido y una nueva felicidad, expresados en la poesía «Música griega», seguramente inspirada en esos momentos vividos en la taberna de Takis Delenikas, y que le dictó a Carlos Ulanovsky cuando lo entrevistó en marzo de 1985 para el diario *Clarín*, donde fue inmediatamente publicada:

Mientras dure esta música,
seremos dignos del amor de Helena de Troya.

Mientras dure esta música,
seremos dignos de haber muerto en Arbela.

Mientras dure esta música,
creeremos en el libre albedrío,
esa ilusión de cada instante.

Mientras dure esta música,
seremos la palabra y la espada.

Mientras dure esta música,
seremos dignos del cristal y de la caoba,
de la nieve y del mármol.

Mientras dure esta música,
seremos dignos de las cosas comunes,
que ahora no lo son.

Mientras dure esta música,
seremos en el aire la flecha.

Mientras dure esta música,
creeremos en la misericordia del lobo
y en la justicia de los justos.

Mientras dure esta música,
mereceremos tu gran voz Walt Whitman.

Mientras dure esta música,
mereceremos haber visto, desde una cumbre,
la tierra prometida.

Borges le comentó a su biógrafo Roberto Alifano: «Si este poema lo llega a leer Herminio Iglesias, seguramente dirá: “¡Qué pobreza de lenguaje que tiene este Borges; se la pasa repitiendo la misma línea!”».

Borges, Borges... Incorregible.

Bibliografía

Borges, J. L. (2002). *Los senderos de Itaca. Grecia en la poesía de Borges* (traducción y selección de Anghelidis, N.; prólogo de Kodama, M.^a). Instituto Cervantes Sede Atenas.

Borges, J. L. (1984). *Atlas*. Sudamericana.

Castillo, H. (1999). Borges y Grecia. En Academia Argentina de Letras, *Homenaje a Jorge Luis Borges. Anejos del Boletín de la Academia Argentina de Letras. Anejo 1* (pp. 59-69). https://borgestodoelanio.blogspot.com/2016/10/horacio-castillo-borges-y-grecia_22.html

García Gual, C. (1999). Borges y los clásicos de Grecia y Roma. En *Sobre el descrédito de la literatura y otros avisos humanistas*. Península.

Huici, A. (1998). *El mito clásico en la obra de Jorge Luis Borges*. El Laberinto.

Pérez, R. (2026). Antología de textos de Borges de temas griegos. Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires.